



MAYA ERIKSON

y el misterio del
laberinto

ISABEL ÁLVAREZ

¿Crees en las leyendas?

La selva de Costa Rica, octubre de 2021. Maya acompaña a su padre en la expedición que ha estado soñando durante meses. Un prestigioso biólogo apoya su proyecto y, por fin, se hace realidad.

Pero la casualidad hace que Maya escuche una extraña llamada que le hace sospechar que las intenciones de aquel biólogo no son las que dice. Desde entonces, se embarca en su propia investigación para destapar la verdad, sin imaginarse lo que descubrirá.

Una leyenda en la que nadie cree y un increíble misterio oculto durante siglos cambiarán aquel viaje, y su vida para siempre.

A Alicia, mi pequeña y valiente exploradora

«El laberinto es la entrada.
El camino es sencillo y complejo.
Nadie que lo merezca deberá temer.
Nadie que no lo comprenda conseguirá
salir».

–Inscripción en un antiguo templo de la tribu
uca.

1. EL VIAJE

–¡Carta de mamá! –gritó el padre de Maya entrando en el salón.

Movía un montón de papeles desordenados de un lado a otro, tan concentrado que ni siquiera se dio cuenta de que había hecho volar una sábana negra que estaba colocada en la puerta para tapar la luz que entraba por las rendijas. Maya había encontrado un antiguo carrete de fotos de su abuelo e intentaba revelarlo.

Un instante antes de abrir la boca para protestar, se dio cuenta de que sería inútil; su padre estaba tan absorto en sus papeles que no oiría ni una palabra. Resignada, se levantó y miró la carta.

Era una postal de una pirámide. Rebeca, la madre de Maya, era arqueóloga y llevaba varias semanas en una investigación en Egipto.

La dejó sobre la mesa, cerró la puerta y recolocó la tela con cuidado.

–¡Maya! ¡Maya! ¿Dónde estás? –gritó su padre mientras corría por la casa como un loco.

Abrió de nuevo la puerta, tan rápido que Maya la tuvo que esquivar para no llevarse un golpe.

–¡Ahí estás! –dijo sorprendido al verla con cara de indignación, como si la tela cuidadosamente colocada hasta hacía unos segundos no le hubiese hecho ni siquiera sos-

pechar que estaba ahí—. ¡Han aceptado mi propuesta! ¡Por fin me han hecho caso! ¡Nos vamos a Costa Rica!

—¡Bien! —gritó Maya dando un salto de alegría.

Sebastián, el padre de Maya, era biólogo y se dedicaba a investigar. Maya siempre se había preguntado cómo era posible con lo despistado que era. ¡Si casi todos los días tenía que esperar en la calle a que Maya llegase porque se olvidaba las llaves de casa en cualquier lado!

Fuera como fuese, llevaba meses tratando de convencer al equipo de científicos de la universidad de la necesidad de ir a Costa Rica para investigar algo relacionado con el ecosistema de bosque lluvioso y las aves que habitan en él. Maya no tenía muy claro el qué en concreto, ¡pero por fin lo había conseguido!

—Seguro que ha sido por pesado —murmuró.

Aunque seguramente podría haberlo gritado y su padre tampoco lo habría oído. Caminaba aún nervioso de un lado a otro de la casa, dando pasos agigantados con sus piernas largas y delgadas, moviendo cosas de aquí para allá sin hacer otra cosa más que desordenar.

Lo cierto es que a Maya no le importaba el motivo, ¡estaba encantada con la noticia!

Ella y su familia vivían en un pequeño pueblo, en una casita con un pequeño jardín, pero, por el trabajo de sus padres, pasaban largas temporadas en otros países y le encantaban esos viajes. Tenía espíritu aventurero, muchas ganas de conocer el mundo, y siempre volvía con miles de historias que contarles a sus amigos.

—Haz la maleta, ¡nos vamos mañana! —gritó su padre desde la habitación mientras rebuscaba en los cajones.

Maya se fue a su habitación, sacó la maleta del armario y metió la postal de su madre; los viajes se le hacían largos y así tendría algo para entretenerse, al menos un rato.

Después, se sentó delante de su escritorio, acercó el globo terráqueo y se dispuso a localizar Costa Rica. Le gustaba marcar con un rotulador el sitio al que iba, trazar el recorrido del viaje con el dedo e imaginarse sobrevolando ciudades, ríos, montañas...

Aquel iba a ser un vuelo largo, más de diez horas según sus cálculos. Suspiró resignada y se fue a dormir. Haría la maleta al día siguiente, tenía tanta práctica que le llevaría cinco minutos.

Por la mañana, se despertó temprano. Se escuchaban golpes por toda la casa, así que salió de la habitación para ver qué pasaba. Vio a su padre de un lado a otro, chocándose con cada mueble que se encontraba a su paso. Habitualmente era algo torpe, pero desde el día anterior había pasado a otro nivel.

–¡Buenos días, cariño! –dijo dirigiéndose a ella con los brazos abiertos–. Vamos, prepárate, que en dos horas nos vamos al aeropuerto.

Maya abrió la maleta y guardó todo lo indispensable: el pasaporte, el neceser, algo de ropa, el pijama... y un libro sobre momias que su madre le había regalado antes de irse a Egipto y que aún no había empezado. Pensó que el viaje sería un buen momento.

Después, fue a la habitación de su padre y revisó su maleta. Le conocía bien y sabía que, en ausencia de su madre, ella tenía que tomar las riendas; era muy listo, pero no muy organizado. Maya, sin embargo, se parecía más a su madre, siempre tenía todo bajo control.

Como sospechaba, su maleta estaba a medias. ¡Ni siquiera llevaba el pasaporte! Se aseguró de meter lo necesario y, en dos horas, ya estaban de camino al aeropuerto. ¡Se iban a Costa Rica!

Nada más subir al avión, Maya sacó su libro y empezó a leer. Su padre había olvidado el suyo, así que decidió pedir un periódico.

–Maya, mira: ¡el miércoles habrá un eclipse y se verá desde Costa Rica! –dijo entusiasmado mientras leía la noticia.

Había una foto del Sol medio tapado, un titular que decía «El Sol desaparecerá el próximo miércoles», y un artículo en el que explicaban que la Luna taparía el Sol.

–¡Pero qué tontería! –continuó Sebastián, ahora indignado–. ¡Cómo va a tapar la Luna el Sol! Lo que pasará será que el Sol, la Luna y la Tierra se alinearán de forma que la sombra de la Luna cubrirá la Tierra, y entonces...

–¿Lo veremos? –le interrumpió Maya, sabiendo que su explicación se alargaría durante gran parte del viaje si no lo hacía pronto.

–¡Sí! Es el día antes de volver a casa, así que nos dará tiempo. ¡Y será un eclipse total! Pero tenemos que encontrar unas gafas adecuadas, si no, no podremos mirar.

A Maya le pareció muy emocionante, cada vez le apetecía más aquel viaje. Los dos siguieron leyendo, Maya su libro y Sebastián su periódico, y a los pocos minutos ambos se quedaron dormidos con las cabezas colgando.

Un par de horas después, el ruido del carrito de una azafata sirviendo galletitas saladas despertó a Maya. Su padre ni se inmutó y ella decidió no avisarle; los nervios no le habían dejado dormir en toda la noche.

Siguió leyendo su libro mientras se comía las galletitas. Lo que decía sobre las momias le parecía realmente escalofriante: que en el Antiguo Egipto momificaban a los gatos porque eran considerados sagrados, que los médicos utilizaban trozos de momia para hacer remedios caseros, que estaban protegidas con maldiciones para evitar robos

y varios arqueólogos habían sufrido accidentes inexplicables tras encontrarlas... y un montón de curiosidades más de las que no tenía la menor idea. Estaba tan impresionada que no podía levantar la vista del libro, solo la azafata sirviendo comida y bebida de vez en cuando la interrumpía.

Tras varias horas de lectura, acabó el libro. Miró a su padre, que seguía durmiendo, y se quedó dándole vueltas a todo lo que acababa de descubrir. Probablemente su madre no lo había leído porque le hubiese parecido demasiado terrorífico para regalárselo. Decidió que cuando hablase con ella la avisaría de lo de las maldiciones; aunque sus padres eran científicos y lo tacharían de leyenda por no haber pruebas que lo demuestren, le pareció que no estaba de más prevenir, por si acaso.

Dándole vueltas a esto, se quedó dormida y despertó con un anuncio del piloto.

—Damas y caballeros, comenzamos nuestro descenso. Hay una lluvia intensa en estos momentos, lo que puede producir algunas turbulencias. Por favor, asegúrense de que los respaldos de sus asientos están en posición vertical y las mesas cerradas. Los cinturones deben estar abrochados hasta que el avión se pare por completo, las persianas de las ventanillas subidas y el equipaje de...

—Papá, ¡papá! Despierta. —Maya zarandeaba a su padre, que parecía inmune a cualquier ruido.

—¿Dónde estamos?

—Ya hemos llegado.

—¡Ya hemos llegado! —dijo encantado—. Qué corto se me ha hecho el viaje.

Unos minutos después, aterrizaron en San José, la capital de Costa Rica. Era octubre y, aunque no hacía frío, llovía a cántaros. El aeropuerto era un edificio grande con las

paredes de cristal y enormes fotos de animales exóticos. Estaba casi vacío y solo se escuchaba el agua golpeando las cristaleras.

Al salir, varias personas les esperaban con unos enormes paraguas negros. Uno de ellos se acercó al padre de Maya y lo saludó efusivamente.

—¡Querido Sebastián! Es un placer conocerte por fin en persona —dijo con un marcado acento inglés.

—Sir William, ¡es un honor! Gracias por interesarse por el proyecto, ¡con todas las propuestas que recibiré! —contestó él.

—Por favor, tutéame. ¡Ahora somos compañeros!

El padre de Maya parecía halagado y emocionado al conocer a aquel señor.

Un par de personas más se acercaron a ellos y les pidieron que se dirigiesen a los coches que les esperaban. Maya y su padre se subieron en uno y sir William en otro junto a otro chico. El resto de gente que había allí se repartió entre otros dos.

—Aquí todos los coches son rojos —susurró Maya mirando por la ventana—. ¿Quién ese señor William? —preguntó a su padre.

—Sir William —la corrigió—. Es uno de los biólogos más prestigiosos de Europa. Lleva años trabajando en proyectos por todo el mundo, ¡y ahora se ha interesado por el mío! Solicité su colaboración pensando que no me respondería, pero le pareció interesante y... ¡aquí está!

Era evidente lo feliz que estaba. Miraba por la ventana del coche y no podía contener la sonrisa.

—Estoy seguro de que gracias a él aprobaron el proyecto —continuó—. Dice que le interesan mucho las aves exóticas.

Tras algo más de tres horas de trayecto, el coche se adentró en la selva y paró frente a una especie de campamento con pequeñas cabañas. Era un sitio bonito, repleto de plantas y flores.

Justo cuando estaban saliendo de los coches, dejó de llover y empezó a brillar el sol, tanto que en cuestión de minutos el suelo estaba seco. Parecía como si nunca hubiese llovido.

Una pareja de unos cuarenta años salió a recibirles.

–Usted debe ser Sebastián –dijo la mujer mientras se acercaba con una sonrisa enorme–. ¡Bienvenido!

–Gracias, es un placer estar aquí. ¡Este sitio es precioso!

–Veo que viene bien acompañado, ¿es su hija? –preguntó mirando a Maya–. Me llamo Amelia, querida, ¿y tú? –continuó dirigiéndose a ella.

–Yo soy Maya, encantada.

Aquella señora parecía muy agradable.

–Tenemos un hijo más o menos de tu edad –dijo el hombre que estaba a su lado, también muy sonriente–. Se llama Oliver y está al llegar. Le gustará verte por aquí, no suelen venir muchos chicos de vuestra edad.

–¡Qué bien! Seguro que puede enseñarte la zona –sugirió Sebastián, que estaba feliz con la noticia. A veces trabajaba mucho y le alegraba que Maya tuviese a alguien con quien pasar el rato.

–Por supuesto que sí –continuó el hombre–. Yo soy Pedro y voy a enseñaros vuestra cabaña.

Extendió el brazo invitándoles a pasar al recinto. Avanzaron entre jardines por un caminito de bambú que se bifurcaba para llegar a las puertas de todas las cabañas. Pedro les dirigió hasta una que parecía de las más grandes.

Era de madera clara con una capa de paja sobre el tejado y estaba un poco elevada del suelo por cuatro pilares, uno en cada esquina, por lo que había que subir tres escalones para entrar.

Amelia abrió la puerta con una llave grande con pinta de ser muy antigua. Era de metal y la parte por la que se agarraba tenía forma de pájaro con unas alas enormes.

—¿Qué llave más rara! —dijo Maya.

—Las llaves de las cabañas son muy antiguas —le explicó Amelia—, las conservamos desde que se abrió este alojamiento. Eres muy observadora, Maya.

—¿Qué pájaro es ese? —preguntó Sebastián mirando la llave con cara de confusión. Debía ser un pájaro muy raro para que él no lo conociera.

—Es un quetzal dorado, ¿lo conocéis?

—Ah, sí, he oído hablar de él —contestó con cara de decepción.

Ella y su padre entraron en la cabaña seguidos por la pareja. A un lado había una pequeña cocina con una sartén con pinta de ser tan antigua como la llave. En el lado contrario había un sofá blanco con flores rosas y amarillas. A Maya le recordaba a los muebles de sus abuelos. Al fondo había dos puertas que llevaban a dos habitaciones en las que entraba poco más que una cama. A la izquierda de las habitaciones, un baño.

A pesar de que era bastante pequeña, la estancia era acogedora y tenía todo lo necesario.

—Esta será vuestra casa durante los próximos días —dijo Amelia—. Cualquier cosa que necesitéis, avisadnos. Vivimos aquí al lado. —Señaló por la ventana una pequeña casita que se veía a lo lejos.

–Gracias, sois muy amables –dijo Sebastián acompañándolos a la puerta.

Sebastián y Maya metieron sus maletas en las habitaciones y se sentaron en el sofá a descansar. Les resultó muy fácil sentirse cómodos en aquel lugar.

–Papá, ¿qué pájaro era ese? –preguntó Maya curiosa por saber el porqué de la decepción de su padre.

–¿Cuál?

–El de la llave.

–¡Ah! No es más que una leyenda. Por aquí dicen que es un pájaro especial, con no sé qué capacidades, pero nunca se ha demostrado la existencia de ningún ejemplar, así que no esperes encontrarte uno.

Maya entendió entonces su cara: era un hombre de ciencia, no le gustaba nada que no pudiese probar.

Empezaron a hablar sobre los planes para los siguientes días.

–Mañana empezamos con la investigación, pero antes haremos un *tour* rápido por la zona. ¿Te apetece venir? –preguntó Sebastián.

–¡Sí! –contestó Maya entusiasmada. Le encantaba conocer lugares nuevos y, por lo que había visto desde la ventana del coche, aquel prometía.

–¡Genial! El resto del equipo también vendrá, así que será un buen momento para conocernos todos. ¿Sabes que uno de ellos acaba de llegar de la Antártida? Ha estado allí durante dos años, estudiando a los pingüinos. ¡El pobre solo tiene ropa de invierno y está pasando mucho calor!

–¡Pobrecito! Lo reconoceré rápido –dijo Maya riendo a carcajadas–. ¿Cuándo iremos nosotros allí?

Les encantaba planear sus próximos viajes e imaginar aventuras, y si además se unían su madre y su abuelo, podían pasarse horas fantaseando sin darse cuenta.

Hablaron hasta que Maya se quedó dormida en el sofá. Era muy temprano, pero casi no había dormido en el viaje y estaba cansada.

2. LA LLAMADA

Por la mañana, Maya se despertó en su cama. No sabía cómo había llegado allí, no recordaba haberse acostado. En la mesilla de noche que tenía al lado, vio un plato con galletas con forma de estrella. Debajo había una nota:

Cariño, parecías cansada y no he querido despertarte. Me he ido al *tour*.

Te he hecho galletas. Me han salido bonitas
:)

Papá

Maya probó una galleta con miedo; su padre tenía una habilidad especial para hacer comida que parecía rica, pero no lo estaba. Estaba hambrienta, así que se sintió aliviada al comprobar que sabían a plátano.

Fuera se oía mucho ruido de gente hablando y riendo. Maya abrió la maleta, sacó la ropa que estaba más arriba, sin mirar cuál era, y se vistió en un segundo. Después, tomó todas las galletas que le entraron en una mano y salió de la cabaña.

A poca distancia, vio a un grupo de tres chicos que hablaban y reían mientras trabajaban; uno barría el camino de bambú, otro cortaba el césped y otro parecía estar atornillando algo. Se quedó observándolos hasta que uno de ellos, el que atornillaba, se levantó y la miró. Ella apartó